

JORNADAS

51

LESLEY BYRD SIMPSON

DOS ENSAYOS SOBRE LA FUNCION Y LA
FORMACION DEL HISTORIADOR

con
otro ensayo de
RAMÓN IGLESIA

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

308
J 88
no. 51
243

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA 30

MEXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

308/J88/no.51/ej.3

Simpson,

Dos ensayos sobre la...



djp

AMERICANO

los Ríos.

(Toda la correspondencia literaria debe enviarse a Sevilla 30, México, D. F.).

Distribución exclusiva: Fondo de Cultura Económica

331/10.4
0

JORNADAS, órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, nació al calor de un seminario colectivo sobre la guerra que celebró dicho Centro en 1943. La publicación se prosiguió durante los meses siguientes para reflejar la labor realizada en otro seminario sobre los problemas de América Latina. Cubiertas estas dos etapas, JORNADAS va a convertirse ahora en lo que había de ser desde un principio: órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales del Colegio y no ya sólo de actividades circunstanciales suyas.

Ante el nuevo carácter de JORNADAS, conviene fijar en breves palabras el sentido que quiere imprimirse a la publicación, las razones que empujan a emprenderla.

Es un tópico que ha llegado ya de los círculos científicos a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad. Los resultados de la labor de las pasadas centurias, especialmente de la última, en el dominio de la ciencia natural, son hoy tangibles para todos y le han otorgado a nuestra vida un poder sobre los fenómenos naturales como nunca antes se soñara. En cambio, el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización. Los acontecimientos actuales prueban de qué manera el dominio de la naturaleza, la ciencia y la técnica, se frustran y son adversos al hombre cuando éste no maneja todavía otros instrumentos que guíen su propio destino. Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nuestra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circunstancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza

13776

humana y la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física. JORNADAS se propone ante todo mantener despierta la conciencia de este problema y coadyuvar con todas sus energías a los esfuerzos ya emprendidos para llegar a su solución.

Ahora bien, las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiada presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es quizá el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastren una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica.

Asimilando el sentido de esa perspectiva, en las JORNADAS no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda, y a su discusión y examen habrá que concederle atención cuidadosa; pero, en lo posible, sometiéndolo a la prueba de su validez para nuestros medios. En una palabra, lo que interesa de un modo fundamental son: a) las cuestiones humanas en su específica circunstancialidad americana, y b) los problemas "nuestros" que exigen una meditación teórica y una solución práctica.

En consecuencia, no se rechaza la consideración de las teorías y resultados de la ciencia social en general; pero se cree que la verdadera tarea intransferible está en estudiar y hacer que se estudien las cuestiones específicas en la facción latina del continente americano, de modo que soluciones y teorías no provengan de una importación

más o menos afortunada, sino que broten de la investigación misma de nuestras situaciones problemáticas peculiares.

La tragedia de Europa al privarnos de su producción intelectual y científica, siempre recibida con la sugestión de su viejo prestigio, nos obliga a un doble esfuerzo, que conviene que sea lo más consciente posible: por una parte, a que pensemos por nosotros mismos y sin andaderas y, por otra, a que meditemos hasta qué punto todo lo que nos viene del otro lado del Atlántico merece ser aceptado y asimilado y si no ha perdido aquel continente en más de algún punto el derecho al respeto que se le otorgaba sin discusión. Y pensando muy en particular en "nuestra América", estamos convencidos de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar en sí misma, en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.

En cuestiones sociales y políticas es esto tanto más urgente cuanto mayor es la sospecha de que lo que se nos ofrece por varios lados no es dádiva generosa sino velado instrumento de dominación. Y sólo podremos mantenernos relativamente inmunes de las consecuencias sociales y culturales de las tremendas luchas de poder, hoy en juego, si conservamos la serenidad intelectual y el conocimiento preciso y objetivo de los hechos. Una visión acertada de nuestro presente y nuestro futuro es lo único que puede permitirnos sacar ventajas, incluso de lo que parecen adversas constelaciones.

Dentro de la dirección general antes esbozada, las JORNADAS del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México quieren presentar un amplio marco a la colaboración: desde las cuestiones filosóficas conexas, hasta los estudios de la ciencia social más particular y especializada; pero viendo también dibujados dentro de ese marco estos propósitos fundamentales: 1) exponer el estado actual de la ciencia, de conocimiento imprescindible, como punto de partida; 2) examinar y discutir, en particular, los problemas peculiares de la

ciencia en nuestros países, y 3) contribuir en lo posible al desarrollo de la ciencia social en marcha.

Desde el punto de vista científico, con JORNADAS se intentará fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura. Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.

1891-
LESLEY BYRD SIMPSON
Universidad de California en Berkeley

*Dos Ensayos sobre la Función y la
Formación del Historiador*

CON UNAS

Consideraciones sobre el Estado Actual de los
Estudios Históricos

por

RAMON IGLESIA

de El Colegio de México

JORNADAS — 51

El Colegio de México
Centro de Estudios Sociales

1945

308
J88
no. 51
ej. 3

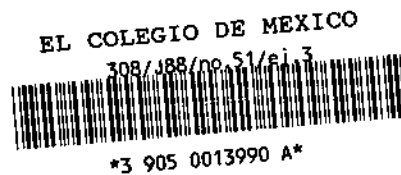
(La traducción de los dos ensayos del Prof. Lesley Byrd Simpson fué hecha por Ramón Iglesia.)

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



SUMARIO

RAMON IGLESIA, *Consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos*

LESLEY BYRD SIMPSON, *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador:*

1. Diálogo sobre la función del historiador
2. Sobre la formación del historiador

... para nosotros, lo pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una conciencia, por ende incorporado a un presente, y en constante función de porvenir. Visto así —y no es ningún absurdo que así lo veamos—, lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas.

Antonio, Machado, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo.*

EL ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS HISTORICOS

Van siendo cada vez más frecuentes las voces de alarma ante la deshumanización, la mecanización, la "industrialización" de los estudios históricos en nuestros días. Voces que proceden de los campos más diversos y que, por fortuna, van ya encontrando eco en los mismos especialistas dedicados a la investigación y a la enseñanza de la historia.

Jornadas se propone dar cabida en sus páginas a algunos trabajos que reflejan estas nuevas inquietudes, que replantean problemas que la escuela positivista creía definitivamente arrumbados con los trastos viejos: los de teoría de la historia, historiología, filosofía de la historia, o como mejor queramos llamarles, que también sobre esto hace falta ponerse de acuerdo, caso de que sea posible y necesario. Ofrecemos los trabajos no como ejemplos de sistemas rígidos y bien elaborados, sino como sugerencias para la discusión, sin pretender, naturalmente, que se acepten a pies juntillas. Y nos consideraremos dichosos si quienes no están conformes con las ideas que en ellos se exponen, se sienten estimulados a defender las suyas en nuestra publicación.

Iniciamos la serie con dos estudios especialmente sugestivos y desafadores. Su autor, el profesor Lesley B. Simpson, de la Universidad de California, en Berkeley, es buen conocedor de la historia de México, y ha escrito un libro, Many Mexicos, que esperamos ha de lograr entre nosotros la atención que no ha conseguido aún y que por muchos conceptos merece.

Las líneas mías que siguen no tienen gran novedad; pero son necesarios muchos amenes cuando se trata de derribar ídolos, en el añejo sentido que Bacon dió a la palabra.

Curioso fenómeno el que presenciarnos en nuestros días; se ha puesto en tela de juicio todo, absolutamente todo: creencias religiosas y políticas, sistemas económicos, formas de cultura. Y los únicos que parecen reacios a darse cuenta de que existe la crisis son los más directamente obligados a relatarnos cómo la crisis se produce: los historiadores, que insisten en ser los últimos en enterarse.

El historiador sigue viviendo hoy, en la mayoría de los casos, en un brave new world, sin darse cuenta de que son muy pocos los que comparten su optimismo. Basta con hojear las páginas de cualquier libro o de cualquier revista dedicados a estudiar temas históricos para que podamos percibir en el acto el estado de euforia en que sus autores se encuentran: a cada momento tropezamos con alusiones a la maravillosa perfección que estos estudios han alcanzado en nuestros días, a la exactitud y minucia de sus técnicas, a la seguridad de los métodos empleados, acompañado todo ello por un desdén más o menos piadoso hacia los autores de otras épocas, que tuvieron la desgracia de vivir cuando los estudios históricos no habían alcanzado dignidad, plenitud y madurez científicas, cuando se partía de meras conjeturas en lugar de nuestras sólidas aportaciones documentales, cuando la historia era una forma literaria y sus autores manifestaban tendencias peligrosamente subjetivas en la elección y el tratamiento de sus temas y en la preocupación por el agrado o desagrado que pudieran producirles a sus lectores.

El historiador de hoy se cree culminación de un desarrollo que no nos explica bien cómo se ha producido. Porque lo cierto es que siempre tiene que apelar a sus tristes predecesores que vivían en unas tinieblas de las que él parece haber salido en la

primera mitad del siglo XIX en los países más “adelantados” y de las que se esfuerza por salir, penosamente, en todas partes. Pone así a la historia, de un plumazo, entre las ciencias positivas y las técnicas que se supone están en continuo progreso y mejoramiento. La aparta con horror de otras formas de cultura que le habían sido siempre afines: la filosofía, la literatura y las bellas artes, en las que no es posible aplicar esta noción de progreso rectilíneo, y nos da con todo esto una visión totalmente deformada de la historiografía.

En vez de aceptar que cada época humana, que cada país y cada grupo han tenido su historia propia, inspirada por el deseo de ver el pasado desde la perspectiva de un determinado presente, la nivela y unifica, la reduce por entero a la condición de fuente, de materia prima, a la que se acude en busca de datos, de hechos, como él dice, para elaborar las tan decantadas producciones de la historia científica que anulan, cuando son suficientemente sólidas y documentadas, a todo lo que las ha precedido.

Los calificativos que la historia científica positivista al uso emplea cuando elogia o cuando censura, no pueden ser más elocuentes: un trabajo valioso, según ella, es siempre sólido, serio, bien documentado, imparcial, y, en el mejor de los casos, exhaustivo, definitivo; un trabajo malo es superficial, tendencioso, subjetivo, impreciso. Se nota aquí la actitud que propende a separar lo más posible la historia de la vida, como si en la proximidad de ambas no estuviera la razón misma de ser de la historia, con todos los peligros que ella supone. El ideal del historiador científico —que no es tan nuevo, después de todo— consiste en no existir, en dejar, según él pretende, que los hechos hablen por sí solos. Y lo más estupendo es que al sentar este enorme pre-juicio dice que está libre de prejuicios. Que el historiador que no se resigna a esta pasividad de copista es parcial y anticientífico.

Este deseo obsesivo y vano de escribir la historia sin tocar a los hechos —que el científico identifica de modo igualmente arbitrario con los documentos que los relatan— le lleva a insistir cada vez más en lo accesorio, en lo instrumental. Llenas están las revistas especializadas de unas reseñas en las que el valor de un libro de historia se hace depender de la cantidad de autores citados, de la abundancia de notas y bibliografías, de la profusión de índices analíticos. Lo que ya no encontramos con tanta frecuencia es un juicio sobre el contenido mismo del libro, sobre las ideas que en él se encierran, sobre cuál es la índole de su mensaje, de su aportación para nosotros.

Y es que el historiador positivista pretende que todos los temas merecen el mismo interés, son dignos de idéntica dedicación. Reprocha a los antiguos que se fijaran de preferencia en los momentos de crisis, en las guerras y revoluciones y, sobre todo, en las grandes figuras históricas. Sigue diciendo eso en los momentos en que un puñado de bandidos audaces trae de cabeza a la humanidad entera. El historiador científico, metido en su oscuro rincón, que considera torre de marfil, amontona datos y más datos, esperando a que pase el temporal para luego poder estudiarlo en forma serena, objetiva y desinteresada. Para lo cual tendrá que acudir una vez más a los que estuvieron azotados por la tormenta, que serán su materia prima, sus fuentes.

Todo esto es sumamente grave, porque mete a la historia por una vía muerta. El historiador científico no dice nunca, claro está, que él renuncia a la elaboración, la interpretación y la síntesis; pero sí dice siempre que todo eso vendrá más tarde, cuando las actuales generaciones hayan reunido los materiales suficientes. No se da cuenta de que con su criterio microscópico se desarrollan en él, de un modo inevitable, una timidez y una inercia mental que a duras penas prepararán el terreno para ninguna síntesis futura; de que su estudio se

desenfoca cada vez más, y se limita a aportar una multitud de menudencias que sólo servirán de estorbo para quien desee trazar grandes líneas y quiera darnos algo más sustancioso que estos pobres y áridos resultados de la historia científica que nadie lee, salvo quienes tienen la obligación de hacerlo por razón de oficio.

Esta tendencia actual de los estudios históricos no sólo ha dejado a la historia erudita sin lectores, lo cual al historiador profesional le trae sin cuidado, pues lo considera un mérito más de su disciplina, que la acerca a los conocimientos científicos especializados inaccesibles para el profano, sino que fatalmente produce una selección al revés en los centros de enseñanza superior e investigación. En ellos se prefiere a los muchachos más dóciles, más apocados, menos inquietos intelectualmente, para que lo antes posible se dediquen a reunir ficheros impresionantes sobre temas minúsculos. Con ello se quedan los seminarios de historia sin los jóvenes más valiosos, que orientarán su curiosidad y sus actividades hacia otros campos en los que puedan lograr mayor estímulo y salida. ¡Como si la historia no debiera ser el tema más apasionante para una persona de alta calidad espiritual!

El historiador científico tiene un orgullo ingenuo, el orgullo de su perspectiva y su estimativa defectuosas. Es el enano encaramado a hombros del gigante, que si descubre algún error, por pequeño que sea, en cualquier historiador que le haya precedido, cree haberlo superado definitivamente. Todos sabemos del gran desdén con que se viene hablando de un Agustín Thierry, de un Michelet, de un Carlyle, de un Macaulay, de todos los que sintieron y vivieron la historia como algo entrañable. De aquí que una época que lo ha historiado todo esté apenas iniciando los estudios de historia de la historia. Lo peor es que se inicien bajo el signo positivista, con lo que ya tenemos algunos repertorios valiosos; pero que no pasan de

ser repertorios, en los que brilla por su ausencia en la mayoría de los casos la comprensión profunda del sentido de las obras estudiadas.

No es fácil que un historiógrafo positivista pueda estar dotado de esta comprensión, porque le faltan las bases mismas indispensables para el enfoque del problema; mientras la historia no vuelva a ocupar su rango de estudio humanístico, y el historiador se ponga de espaldas a la filosofía, a la literatura, y, lo que es peor aún, a la vida, mal podrá elaborarse una historiografía decorosa. Insisto tanto en la historiografía y no en la teoría de la historia o historiología, como la ha denominado Ortega y Gasset, porque creo que todo conocimiento histórico ha de ser esencialmente descriptivo. En el propio Ortega, que tantas cosas interesantes ha dicho sobre estas cuestiones, no acabamos de ver ese sistema de la historia de que con tanta insistencia viene hablándonos. Si ha de haber sistema, tiene que haber primero estudio historiográfico a fondo, como no puede haber teoría de la literatura o del arte sin el estudio previo de la obra de poetas y novelistas, de pintores y músicos y arquitectos.

El historiador digno de tal nombre tendrá que ser, como estos artistas, un creador. De aquí que en la génesis de su obra nos encontremos muchas veces con elementos que no se dejan expresar con facilidad en términos racionales, que son inefables. En los seminarios de historia, como en las escuelas de bellas artes y en los tratados de preceptiva, sólo cabe enseñar lo más externo y rudimentario de la técnica; pero nunca podrá salir de ellos un historiador si el alumno no lleva en sí la semilla. El historiador nace, no se hace. Siempre recuerdo a este respecto la vieja anécdota española del caminante que llega a la posada y pregunta qué hay de comer. "Señor, lo que usted traiga", le responden.

Si el recién llegado no tiene madera de ratón de biblioteca,

es seguro que se desanimará si le inculcan la idea de que todas las enseñanzas instrumentales que recibe en el seminario son la última palabra y no el comienzo de la labor histórica. No sé cómo no han visto los flamantes historiadores científicos que los grandes libros de historia han sido escritos por gentes que no pasaron por seminarios de investigación. Incluso los más recientes no cumplen con sus requisitos, pues El Otoño de la Edad Media está hecho a base de unos pocos cronistas; pero ¡cómo hablan en manos de Huizinga!

He aquí otro problema que no se comprende cómo ha escapado a la atención de los historiadores científicos, tan acuciosa en otros terrenos: el de que los documentos no hablan por sí solos, como ellos pretenden, en forma única, sino que sus lenguas son múltiples, según las personas que los manejan. Querer estudiar la historiografía y no aceptar el hecho de que es un continuo cambio de perspectivas, de que hay siempre una forma de visión que se les impone a los hechos estudiados, es marchar en el vacío. ¿Cómo se puede pensar que es un simple problema de documentación la simpatía o repulsión que unas épocas sienten hacia otras? Si se nos dice que el desdén por la Edad Media se debió a un conocimiento insuficiente, subsanado más tarde —aun suponiendo que ese interés posterior por la Edad Media no estuviera en sí mismo condicionado ya por la repulsión hacia el XVIII que sintieron los románticos— ¿es que puede decirse lo mismo de las actitudes hacia el Renacimiento o la Revolución francesa? No creo que nadie pueda mantener en serio que la estima o la repulsión dependen de falta o sobra de monografías.

Aterra pensar en lo tosco de la crítica historiográfica, cuando se la compara con lo que han hecho la crítica literaria y la historia del arte. Y es que la historiografía actual está empeñada en una tarea vana: en llegar a unos resultados incommovibles, sólidos, inmutables, cuando la historia es todo cambio, de-

venir. ¿Cómo puede pretenderse alcanzar lo incommovible y lo inmutable en la historia? ¿Por qué no se ha de preferir lo flexible a lo sólido, lo problemático a lo definitivo?

En la busca frenética de lo sólido y lo definitivo se ha dado de lado a aspectos que en la historia son esenciales. ¿Qué historiador científico, por ejemplo, ha producido una biografía que valga la pena? ¿Cómo se puede trazar la semblanza de un personaje aplicando sus métodos? ¡Ah!, se me dirá, es que el individuo es algo anecdótico, pasajero y nosotros buscamos terreno más firme. Véase, si no, el auge que ha tenido entre los científicos la historia de las instituciones. Como si las instituciones no las crearan los hombres, determinados hombres, éste y aquél y el de más allá.

El historiador imita en todo momento las pautas que toma de una ciencia física caducada, que pretendía poder repetir un experimento tantas veces como quisiera, dadas determinadas condiciones. Esa regularidad buscaba el científico —y el historiador que suspira por parecerse a él—. Eso es precisamente lo que no se produce en los hechos humanos; y si se produce, es en zonas que no interesan a la historia. No tiene categoría histórica el que yo tome todos los días el desayuno de la misma manera. Sí la tiene —para mí, por lo menos el haber participado en la guerra de España, y la tendría para los demás el que yo fuera capaz de dar un relato de mis experiencias en ella, experiencias personales, pero que la calidad del relato debería realzar a un plano superior.

Lo malo es que hoy no es fácil hacer esto. Hemos perdido espontaneidad, hemos perdido el sentido de ver las cosas de frente y la capacidad de relatarlas. Felices los tiempos en que un Bernal Díaz podía contarnos lo que había visto, lo que había vivido, sin pensar en notas ni bibliografías. Y sin ir tan lejos, los tiempos en que un historiador como Macaulay encontraba inspiración en las novelas de Walter Scott. Novelas que

para mí son más verdaderas que las sólidas monografías de muchos colegas, porque su poder de evocación es infinitamente mayor, porque nos hacen vivir la época que describen y los personajes que nos presentan. De aquí que considere funesta la prédica contra la historia como arte y la rebusca entre los presuntos historiadores de los más rígidos y los menos inquietos espiritualmente. Dichoso el que de joven se pierde y se desorienta en sus lecturas y no aspira tan sólo a una prematura especialización, para llegar lo antes posible a unos resultados que han de ser forzosamente deleznable.

Se le quiere dar a la producción histórica en nuestros días un ritmo continuo, de trabajo a la cadena, que es imposible lograr sin perder altura. No todas las épocas ni todos los lugares son igualmente aptos para ella, como no lo son para la producción artística, o literaria, o filosófica. No son malas las catástrofes, las guerras y revoluciones, anatematizadas por los científicos como destructoras de documentos, sino todo lo contrario, pues ponen al descubierto muchos aspectos del ser humano y despiertan o aguzan su conciencia histórica. Que lo digan, si no, desde Herodoto y Tucídides y S. Agustín, hasta la generación española del 98.

He aquí otra deformación curiosa de los positivistas, el que estos hechos básicos de la historia, estos momentos de viraje de pueblos y culturas, se despacharan con el nombre de historia externa, como algo superficial y episódico. Que nos demuestren a nosotros que la guerra de España y su prolongación por todo el mundo son historia externa. Por si no estuviera aun suficientemente claro, vemos aquí que la idea de la historia de los positivistas es una concepción entre otras muchas, reflejo de una época racionalista, liberal, laica, pacifista, progresista, que creía haber encarrilado a la humanidad de modo definitivo por la vía ascendente de los conocimientos científicos y técnicos.

Estas ideas, como todas las ideas cuando se arraigan bien, se

convirtieron en creencias, en algo entrañable, que se da por supuesto y que no se discute. Así el historiador científico de hoy nos considera a quienes no compartimos su actitud como elementos disolventes, poco serios y a los que no se puede tomar demasiado en cuenta. Habría que recordarle, con palabras de Croce, que el ideal progresista, mecánico más que científico, de la imitación de las ciencias naturales, en lugar de ser la perfección para los estudios históricos, es una de las muchas deformaciones que han sufrido en su trayectoria. En realidad se trata, añadiríamos nosotros, de algo inevitable y justificado en el momento en que se produjo. Frente a un tipo de producción histórica excesivamente declamatorio y arbitrario, estaba bien hace unas décadas la apelación al documento y a la erudición a palo seco; pero bastante hemos insistido ya en el trabajo preparatorio. Tanto, que se nos ha olvidado que es preparatorio.

He aquí la raíz de nuestra oposición a los historiadores científicos. Ninguno de los que no compartimos su actitud reconocemos, naturalmente, la vuelta a una historiografía desenfadada y arbitraria, de tipo declamatorio, que se nos señala como especialmente peligrosa en estos países de la América española, en que las gentes son más ricas en imaginación que en paciencia. No se trata para nada de renunciar a la corrección en las labores previas del manejo de los materiales. Lo que se trata es de romper el fetichismo del documento inédito y de afirmar que su busca y publicación es la tarea más elevada del historiador. ¿Para qué publicar, después de todo, documentos, si sólo los inéditos tienen interés?

Lo que hay que predicar con insistencia es que el documento no es nada en sí, que tiene que ir acompañado por una actitud tensa de parte del historiador, que la interpretación, la selección, la elaboración, el punto de vista no son sus pecados, sino sus virtudes. Y aceptar de una buena vez que la verdad histórica no es una sino múltiple según los lugares y las épocas, lo

*cual podrá darnos algún día una historiografía rica, multi-forme, como lo son las historias de la filosofía, la literatura y el arte. ¿Se nos ocurriría indignarnos con un poeta o con un filósofo porque nos dan una visión parcial de la realidad, su visión? ¿Por qué el historiador ha de ser de distinta naturaleza que ellos? Lo que importa es que su visión, forzosamente parcial, de la realidad, sea intensa y rica, pues es la única forma en que podrá tener sentido amplio y humano. Todo lo demás es un triste esfuerzo por lograr la objetividad del directorio de teléfonos. Y si en los pueblos de la América española los jóvenes son más ricos de imaginación que en otros lugares, lo que tenemos que hacer los dedicados a la enseñanza de esta disciplina es encauzar y controlar debidamente esa imaginación; pero de ningún modo pretender suprimirla. Se puede canalizar un torrente; pero nunca dará agua un cauce seco.**

RAMÓN IGLESIA

* Estas páginas del Prof. Ramón Iglesia se presentaron como ponencia en la segunda sesión de las discusiones sobre la verdad en historia, que llevó a cabo la Sociedad Mexicana de Historia en el local de El Colegio de México, el pasado mes de junio. (Ed.)

I

DIALOGO SOBRE LA FUNCION DEL HISTORIADOR

(*Personajes: Capitán Lesley Byrd Simpson y Profesor Lesley Byrd Simpson.*)

Cap.—Profesor, tú y yo hemos colaborado hace poco en un libro, que, hasta donde se me alcanza, es un ensayo de explicación del México de hoy por su historia. Desde que el libro apareció he leído acerca de él las opiniones más contradictorias, expresadas por reseñadores y amigos. Estoy hecho un lío.

Prof.—No te preocupes por eso, capitán. Debes de tener presente que no son muchos los reseñadores que tienen el tiempo ni la formación necesarios para dar más que un vistazo y una promesa a una reseña. De hecho, rara vez leen más que las primeras y las últimas páginas del libro y la propaganda del editor en las solapas. En cuanto a las opiniones de los amigos, no son mucho más de fiar. Si alguien escribe un libro malo, se le evita como si estuviera apestado. Por el contrario, si el libro tiene algún mérito, el elogio de los amigos tendrá más de exagerado que de crítico.

Cap.—Tal vez tengas razón. Después de todo, nosotros hemos escrito bastantes reseñas y nuestros amigos han escrito libros. Pero no me preocupan tanto los reseñadores y sus opiniones como el libro mismo. La extraordinaria falta de unanimidad acerca de él refleja en cierta medida mi propia confusión, y

pensé si no sería conveniente esclarecer entre nosotros algunos de los problemas que presenta. De paso podríamos descubrir algún principio que nos sirviera de guía en el caso de que volviéramos a escribir. Debo explicar, para gobierno de nuestros amigos aquí presentes que en nuestra colaboración mi colega el profesor asumió la responsabilidad del aspecto intelectual, mientras mi función principal fué estar al tanto e intervenir cuando la erudición se hacía demasiado espesa. Este puede ser un caso de conflicto entre erudito y artista. Tal como yo veo la cosa (aunque espero que el profesor no esté de acuerdo), el artista da la fuerza motriz al escribir la historia. Suyos son el estilo, la euforia de la creación, la experiencia de la vida, la herencia inmensamente compleja de la niñez y el ambiente, y la no menos compleja acumulación de los largos años de lectura no profesional. El profesor, por otra parte, tiende a despreciar todo eso, aunque reconoce su influencia como algo que ha de temerse y reprimirse. Piensa que enfoca los problemas de la historia con un análisis fríaamente severo e impersonal, basado en una estricta adhesión al método cuantitativo.

Prof.—Tienes que admitir, capitán, que si para algo sirvo es para poner un dique a tu tremenda locuacidad. Tengo que explicar a nuestros amigos, en defensa propia, que el capitán es bastante fanfarrón y está siempre dispuesto a construir argumentos especiosos sobre las pruebas más endebles, bien porque le parecen inteligentes o bien porque le dan oportunidad de soltar unas cuantas frases bonitas.

Cap.—¡Vamos, profesor! Nuestros amigos no han venido aquí para escuchar nuestros pleitos familiares.

Prof.—Muy bien, pero puesto que tú iniciaste la cosa, debo insistir en que te concretes a los hechos y no salgas de ahí. Y podría añadir que tus reflexiones sobre la mentalidad académica son de mal gusto y que más valdría suprimirlas.

Cap.—Seré bueno y me atendré a los hechos. Espero que

no tengas que lamentarlo. En primer lugar (el hecho más gordo), me gustaría que explicases por qué te metes. . . ¡perdón! . . . por qué te dedicas a escribir historia, y qué es eso.

Prof.—Me estaba temiendo que empezaras por ahí. No estoy seguro de poder contestar satisfactoriamente a las dos partes de tu pregunta, pero puedo citar a un eminente historiador para la segunda. A este señor le preguntaron no hace mucho: “¿Cuál es la función del historiador?” Su respuesta, que me parece bastante acertada, fué: “La función del historiador consiste en descubrir la verdad y en ponerla al alcance del público”. Podemos aceptar esto de momento.

Cap.—¡Admirable, palabra! ¡Y tan sencillo! Y sin embargo, parece que hay varios supuestos detrás de tu definición que requieren mayor examen. Pero, antes de pasar a eso, permíteme una pregunta. ¿Teníamos presente esa función cuando escribimos nuestro libro?

Prof.—Yo sí la tenía, aunque la idea tendía a volverse un poco confusa por tu continua intromisión.

Cap.—¡Por favor, profesor, no seas tan quisquilloso! Demos, pues, por supuesto que tu función al escribir nuestro libro, que debemos admitir que tiene más de historia que de otra cosa, era “descubrir la verdad y ponerla al alcance del público”. Y examinemos luego el libro mismo a la luz de esa función. Tomemos los dos primeros capítulos, por ejemplo. ¿De qué tratan?

Prof.—Son un resumen de la geología, geografía y climatología de México, con referencia a su impacto inmediato sobre la vida humana y la estructura social.

Cap.—¡Excelente! Y sin embargo, no eres ni geólogo, ni geógrafo ni climatólogo en el sentido estricto, ni mucho menos. Tu conocimiento en estos vastos campos de estudio apenas si puede llamarse otra cosa que el resultado de lecturas insuficientes y de una observación inexperta.

Prof.—¡Por Dios, capitán! No me digas que vas a insistir en que el historiador tiene que ser un experto en todos los campos del saber. En temas tan especializados de la periferia de la historia tenemos que admitir el juicio de las personas que les han dedicado su vida.

Cap.—Muy sensato, seguramente. Me parece, sin embargo, que en ocasiones surgen desacuerdos bastante hondos entre tus expertos. Incluso en nuestra propia universidad he observado muestras de la mayor acritud al tratar de tema tan deshumanizado como la geología. ¿Cómo decidiste a cuál escuela seguir?

Prof.—Esta vez no diste en el clavo. Después de leer una buena cantidad de sus libros, llegué a la conclusión de que sus disputas más violentas se referían a detalles menudos e insignificantes, o a conjeturas que no podían comprobarse. Por fortuna, están de acuerdo en lo esencial acerca de los aspectos fundamentales del paisaje, la mayor parte de los cuales pude comprobar con mi propia observación. Así, la naturaleza del suelo y el terreno, la precipitación, el clima, la cantidad de tierra disponible para la agricultura, su fertilidad, etc., están suficientemente bien establecidos para mi propósito, y no es fácil que los altere ninguna nueva teoría.

Cap.—¡Te felicito! Con otras palabras, empleaste el sentido común, y la ciencia no entró en el asunto.

Prof.—¿Espero, capitán, que no vas a sostener que el sentido común está de punta con la ciencia?

Cap.—¡No, hombre! Todo lo contrario. Me llama la atención, sin embargo, que la única cosa en que nuestros reseñadores, académicos o de otra índole, estuvieron de acuerdo fué en que los dos capítulos aludidos son de lo mejor del libro. Tal vez tengan razón, desde luego; pero, para volver a tu definición, tienes que considerarlos buenos porque dicen la verdad.

Prof.—Así parece.

Cap.—No lo discuto. Pero, aceptando que tus autoridades estén de acuerdo sobre lo que es verdad y lo que no lo es, y aceptando que lo que admiten ser verdad sea verdad de veras, todavía subsiste la interesante cuestión de la inmensa complejidad de los temas. El tratarlos debidamente requeriría varios miles de páginas, lo cual sería una carga insufrible para el lector, si se encontrara alguno. Por lo tanto, tuviste que eliminar todo, salvo el mínimo indispensable de material. ¿Tendrías la bondad de decirnos por qué proceso de destilación fuiste capaz de reducirlo todo a veinte breves páginas?

Prof.—No fué difícil. Me limité tan sólo a aquellos fenómenos naturales que afectan de un modo más directo a la vida humana y dejé fuera todo lo demás.

Cap.—¿Desde luego conoces qué fenómenos naturales afectan de un modo más directo a la vida humana?

Prof.—Claro que sí. La temperatura, la humedad, la precipitación, el terreno, la vida vegetal, etc.

Cap.—Pero, ¿cómo lo sabes?

Prof.—¡Vamos, capitán! ¿No te estás poniendo muy pesado? Ya sabes que nos pasamos una buena parte de nuestra juventud trabajando en el campo. Y, en todo caso, estas cosas son de conocimiento común.

Cap.—Eso es lo que quería que me dijeras. Con otras palabras, seleccionaste tu material con el criterio de tu propia experiencia, ¿no es eso?

Prof.—¡Desde luego! ¿Qué tiene de malo?

Cap.—¡Por Dios, hombre! Si no te estoy criticando. Sólo quería dejar bien en claro que esos dos capítulos fundamentales, en los que se basa el resto del libro, eran interpretación de una experiencia y que tu formación académica no tenía virtualmente nada que ver con ellos.

Prof.—¡Justo! Pero sigo insistiendo en que la disciplina académica hizo que estuviese menos expuesto a caer en error.

Cap.—Admitiremos ese punto tan dudoso, si eso te tranquiliza. Pero hay otras varias cuestiones que necesitan aclararse. Si no recuerdo mal, tú interpretaste la conquista española, en gran medida, a través de sus actores. Así, Cortés representaba el buen conquistador; el obispo Zumárraga representaba el buen misionero; Mendoza y Velasco, el buen virrey; Felipe II, el buen monarca. Cuando leí esos cuatro o cinco capítulos saqué una clara impresión de que la conquista española fué más bien buena que mala, aunque tú pretendes salvarte intercalando unas cuantas atrocidades para darle sabor a la cosa. A donde quiero llegar es a lo siguiente: de acuerdo con tu función de proveedor de verdad, ¿cómo puedes justificar semejante impresión?

Prof.—Mi querido amigo, la impresión es tuya y no mía.

Cap.—Desde luego. Pero no me vas a sostener que la impresión la saqué del aire, ¿no es cierto?

Prof.—Tal vez no. A pesar de todo, otros recibieron la impresión contraria.

Cap.—Estás peligrosamente cerca de admitir que la verdad, tal como tú la presentas, es susceptible de interpretaciones contradictorias.

Prof.—Yo no soy responsable de los sentidos que los lectores puedan dar a mis palabras. Sólo me incumbe establecer los hechos y dejar que hablen por sí mismos. Unos lectores sacarán una impresión y otros, otra. Son varios millares las personas que leen un libro, y cada una verá en él aquello que le es más familiar, o que desea ver. Es inevitable.

Cap.—Estás planteando una cantidad tremenda de problemas para el historiador; pero concretémonos al que tenemos entre manos. Admitiremos, para el argumento, que conoces un hecho cuando lo ves. Pero existen incalculables millones de hechos y tú no puedes conocer más que una fracción microscópica de ellos, y de esa fracción sólo puedes utilizar un mí-

nimo infinitesimal, como lo hiciste en el caso de las ciencias geológicas. Ahora bien, habrás seleccionado los hechos que te parecieron de importancia, los que te parecía que daban más luz a tu historia. ¿No es eso?

Prof.—Seguramente.

Cap.—Entonces los habrás elegido según algún sistema o método comprensible. ¿No te importaría explicar cuál es?

Prof.—Me imagino que no estarás tratando simplemente de ponerme en aprietos. Pues bien, durante los últimos cien años, poco más o menos, los historiadores no han tenido otro sistema ni otro método que el que les pidieron prestado a las ciencias naturales. En primer lugar, suponemos que existe una respuesta al enigma de la conducta humana en los documentos del pasado. Suponemos que esos documentos, si se les somete a un análisis crítico, nos entregarán la verdad. Luego, después de haber examinado y comparado toda la documentación disponible, tratamos de obtener una selección razonable de ellos, una especie de corte transversal, que suponemos que dará una miniatura fidedigna de la verdad total. Suponemos. . .

Cap.—¡Auxilio! ¡Vaya una cantidad de suposiciones! Pero no importa. Suponiendo que tus suposiciones sean válidas y que tu sistema pudiera hacerse funcionar perfectamente, ¿no tendríamos un tipo sorprendente de historia? Si fuera materialmente posible para un historiador, o para cierto número de historiadores, examinar todos los documentos y reducirlos a la milésima parte de su volumen original, ¿puedes imaginarte leyéndolos? Me temo que sólo Dios podría escribir una historia semejante y que sólo Job podría leerla. El resultado inmediato y tremendo de tu sistema ha sido la monografía histórica. Permíteme añadir una suposición más a tu lista. Si suponemos que la función del historiador es enseñar al animal humano la verdad acerca de su pasado, parece deducirse que el animal humano deberá leer historia. ¿No estás conforme?

Prof.—Claro que sí. Y ten la bondad de ser más breve.

Cap.—No te me vas a escapar tan fácilmente. Ahora bien, se me figura, al recordar las monografías que nos hemos visto obligados a examinar, que ningún poder ideado hasta ahora podría obligar al animal humano a que leyera muchas de ellas. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que no se han escrito para ser leídas.

Prof.—Ya veo a donde quieres ir a parar. Quieres que yo acepte que, por lo que hace a una función del historiador, la de difundir la verdad, la monografía es papel mojado. No acepto la encerrona. Admitiremos que la mayor parte de las monografías, con excepción de las nuestras, naturalmente, son muy aburridas, pero insisto en que son una preparación necesaria para la síntesis.

Cap.—Entonces, ¿admitirás que la monografía no es historia porque no llena la función de la historia?

Prof.—Si vas a emperrarte en ello supongo que debo admitirlo.

Cap.—Entonces hemos llegado a una conclusión fundamental con respecto a nuestra definición: *Que tan sólo es historia aquello que se lee ampliamente.*

Prof.—Me ataca los nervios, pero suena razonable.

Cap.—Puesto que estamos de acuerdo sobre esta proposición altamente explosiva, se sigue que la única historia verdadera es la síntesis, porque la monografía, por lo general, no se lee. Y esto nos hace volver a nuestro examen. A riesgo de ponerme pesado, tengo que insistir de nuevo en que la impresión que mencioné hace un momento no podía ser totalmente accidental y que tú, en realidad, consciente o inconscientemente, escribiste una apología del régimen español en México. Serás lo bastante franco para admitirlo, ¿no es así?

Prof.—Ya veo lo que se avecina. Muy bien, admito que estoy convencido de que el régimen español estaba bastantes

codos por encima de la impresión que uno saca de leer las descripciones al uso, y que he tratado de demostrar que esto es así.

Cap.—¿Entonces estabas escribiendo un alegato? ¿Defendiendo una causa ante un jurado de lectores?

Prof.—Ciertamente; pero eso no destruye su validez.

Cap.—Y sin embargo, acabas de decir que dejabas que los hechos hablaran por sí mismos.

Prof.—Cierto, y eso es lo que hacen.

Cap.—Los hechos presentados por la escuela opuesta hacen lo mismo, ¿no es así?

Prof.—Protesto. No me vas a poner al mismo nivel que ellos ¿verdad? Tuve acceso yo a vastas colecciones de documentos que no se habían reunido aún cuando escribieron mis predecesores, documentos que cambian materialmente el cuadro en la dirección que yo he seguido.

Cap.—Tal vez haya algo de verdad en eso. ¿Pero no te estás alejando demasiado de aquella actitud impersonal e indiferente adoptada cuando dijiste que dejabas a los hechos hablar por sí mismos? No recuerdo nada en tu definición que te permita hacer el papel de abogado. ¿No existe en eso el grave peligro de dejar que tu vanidad de abogado (a la que tú llamarás tal vez celo por la verdad) se descarrie y anule los efectos de esa disciplina académica de la que estás tan orgulloso? ¿Qué abogado hubo jamás que en el calor de un juicio se preocupara mucho de la validez de su documentación, con tal de que apoyara su causa? Me parece. . .

Prof.—¡Basta ya! No acepto que se me acuse de chicanero, de tramposo, simplemente para redondear tu frase. Tal vez me apresuré un poquito al aceptar la definición sin reservas. Estoy dispuesto a hacer algunas concesiones. Digamos, pues, que la función del historiador es descubrir la verdad y, gracias a su preparación especial y a sus amplios conocimientos, seleccionar e interpretar las porciones de ella que parezcan más

adecuadas para explicar la conducta humana en el pasado. ¿Te satisface esto?

Cap.—No lo sé. Es una orden muy abundante. Tomémosla por partes, si no tienes inconveniente. En este libro nuestro, si mal no recuerdo, una de las proposiciones que adelantabas era que el hombre es criatura del hábito y que el hábito está condicionado por el tiempo. Y pasabas a postular que la mayoría de los fenómenos sociales de Méjico pueden tan sólo explicarse incluyendo una gran dosis de esta fórmula tiempo-hábito. Ahora bien, ¿cómo te atreviste a mezclar elementos indocumentados e intangibles, tales como el tiempo y el hábito, en lo que sigues insistiendo en considerar como una síntesis de la verdad? ¿No estás chocando con la escuela científica que pretendes representar?

Prof.—Tal vez mi tratamiento no fuera totalmente ortodoxo, pero ningún historiador de los que yo conozco pondría en tela de juicio mis postulados, por lo menos en privado.

Cap.—Si este complejo tiempo-hábito es factor tan importante en la comprensión de la conducta humana y si no puede omitirse sin rebajar la validez de la historia, de seguro que se habrá inventado algún método para atacar el problema.

Prof.—No se ha inventado ninguno aún, a no ser que los *behavioristas* estén sobre la pista. Pero, si haces memoria, capitán, yo no intenté una solución. Lo que hice fué aventurar unas cuantas conjeturas y construir una hipótesis sobre ellas —designándolas como tales, desde luego.

Cap.—¿En una historia? Bien, creo que ya vamos llegando a puerto. Una conjetura, según creo, es una adivinanza, y el adivinar es función de la imaginación. ¿No es cierto?

Prof.—Evidentemente.

Cap.—De modo que, habiendo construído un caso imaginario sobre la base de media docena de conjeturas, ¡procedes a demostrar su validez! ¿Estarías dispuesto a seguir modifican-

do tu definición en el sentido de que podemos emplear la imaginación allí donde la documentación falta?

Prof.—Parece que sería necesario.

Cap.—¿No hace lo mismo un novelista?

Prof.—¡Antes era un abogado y ahora soy un novelista! Me niego a aceptar la implicación. El historiador emplea su imaginación simplemente para salvar las lagunas inevitables en su relato. El novelista no está obligado a semejante restricción.

Cap.—Posiblemente estés en lo cierto, pero el problema del uso de la imaginación al escribir historia abre un amplio campo a las exploraciones. Para empezar, cuanto menor sea la documentación disponible, tanto más deberá permitirse al historiador el uso de su imaginación. Las posibilidades son ilimitadas, pero sólo pueden sugerirse en esta breve hora.

Prof.—¡Si yo estuviera seguro de su brevedad!

Cap.—Si tú fueras un profano, hablando históricamente, y quisieras obtener un cuadro bastante correcto de la Italia del siglo XVII, ¿qué te serviría mejor, la *Historia Moderna* de Cambridge o *Los Novios* de Manzoni? No olvides que nuestro profano es la persona para cuyo beneficio suponemos que se escribe la historia.

Prof.—Si lo planteas en esa forma, tendré que decir que la novela de Manzoni.

Cap.—¿Puedes explicar tu elección?

Prof.—Es muy fácil. Manzoni comprendía la conducta humana y tenía una profunda simpatía por la humanidad. Estudió con cuidado su período y empleó los resultados de su investigación para dar verosimilitud a su invención, que estaba tan bien imaginada y tan bien fundida con el trasfondo histórico que el lector no tiene dificultad para identificarse con los caracteres ni para creer que el libro da una descripción fidedigna de la época, como lo hace, de hecho. Manzoni procedió como

un historiador de primera calidad. Las historias de Cambridge, por otro lado, son demasiado pesadas para atraer de igual modo al lector desprovisto de crítica.

Cap.—¡Me dejas pasmado! ¿Entonces concederías que, de acuerdo con tu definición (versión revisada), la novela de Manzoni es historia y la otra no?

Prof.—¡Dios me libre! Me limito a admitir que una se lee más que otra. La historia de Cambridge es infinitamente superior en todos los demás aspectos, aunque probablemente no la lean más que los estudiantes y los historiadores profesionales.

Cap.—Entonces parece que debemos aceptar dos tipos de historias, una para el especialista y otra, totalmente distinta, para el público en general. Me estoy temiendo que vas a tener que revisar tu definición una vez más, ¿no te parece?

Prof.—Sí, creo que sí.

Cap.—La historia para el público en general deberá ser legible, mientras que la otra no necesitará serlo. ¿No es eso?

Prof.—Dejémoslo así.

Cap.—Estamos de acuerdo, pues, en que el historiador que desea ser leído fuera de su círculo profesional deberá usar su imaginación más que el otro, porque tiene que ir mucho más allá en el camino de las sugerencias. Es decir, que no puede tratar episodios y caracteres como otros tantos accidentes en el tiempo, sino que debe, en alguna forma, darles vida. De otra manera, tu lector se aburrirá, y nuestra historia se habrá concluído. Podemos admitir que la imaginación del historiador debe de estar sujeta a alguna forma de control.

Prof.—Yo insistiría mucho en ese último punto.

Cap.—No veo otro control posible más que el control moral que se imponga a sí mismo el historiador, y esto requiere el más alto grado de integridad. ¿No deberíamos añadir eso a nuestra definición?

Prof.—¿Algo así como el juramento hipocrático en medicina? Me he preguntado muchas veces si ha tenido mucho efecto en controlar a los charlatanes. En el mejor de los casos, me parece un recurso dudoso.

Cap.—La única alternativa es aceptar alguna forma de control social sobre el hombre de estudio, tal como lo vemos practicado en los modernos estados totalitarios. Esa cuestión, sin embargo, nos lleva demasiado adentro de la ética y mejor se la dejaremos a algunos de nuestros amigos más sabios que se encuentran aquí reunidos. Ahora que estamos más o menos de acuerdo en que la historia debe leerse para desempeñar su función, podrá ser conveniente examinar los medios por los cuales se logra esa legibilidad.

Prof.—Está claro que es una cuestión de estilo.

Cap.—Parece, pues, que una historia, por fidedigna que sea, por mucho que se distinga por esas otras cualidades que consideramos esenciales, nacerá muerta a menos que esté escrita en un estilo atractivo.

Prof.—Evidentemente.

Cap.—¿Podemos aceptar, sometiéndolo a corrección, que un estilo atractivo es aquél que, mediante el empleo de palabras hábilmente escogidas, pero de uso corriente, de una cadencia agradable, de figuras impresionantes y sugestivas, de la concisión y la claridad, estimula la simpatía del lector a aceptar el mensaje del autor?

Prof.—Eso suena más a poesía lírica que a otra cosa.

Cap.—Cierto que sí. ¿Estarás de acuerdo en que la necesidad que tiene el historiador de captar la imaginación y la simpatía de su lector es tan grande como la que tiene el poeta?

Prof.—¿Espero que no vas a pretender que la historia se escriba en verso?

Cap.—¿Y por qué no? Homero no lo hizo mal del todo. Y puedo indicar que la mejor historia popular de nuestra Guerra

de Secesión es *John Brown's Body* de Stephen Benet. Además cumple con nuestra definición: no sólo es fidedigna, sino que se lee mucho.

Prof.—Muy inteligente, pero no veo lo que eso tiene que ver con nuestro caso. Nuestro libro no se escribió, por cierto, en verso.

Cap.—Dejemos la cosa. Mi entusiasmo me descarrió. Volviendo al grano, llegamos a aceptar que una historia debe tener estilo para ser leída, y no he visto ninguna objeción seria a mi definición provisional de un estilo atractivo. Ahora bien, parece que las cualidades que hacen que un estilo sea atractivo no son menos personales ni subjetivas que la imaginación. El estilo puede perfeccionarse con el estudio y la práctica, pero no puede adquirirse. El barniz de estilo puesto sobre una mente torpe y pedestre nunca podrá ser tan espeso que no se vea la chatarra.

Prof.—Volvamos a la tierra, capitán.

Cap.—Muy bien. Iba a hablar de nuestro propio estilo, pero me encuentro con que no puedo observarlo con ese distanciamiento científico que tú tanto estimas. Bien, admitamos además que una buena historia debe de tener las calidades de estilo que he mencionado. ¿Es que los elementos personales y subjetivos que hay en ella no dañan a la verdad de semejante historia?

Prof.—Todo lo contrario. No veo por qué la verdad no ha de poder decirse en el estilo más bello del mundo. Incluso diría que cuanto más verdadera sea una historia, más bello debiera ser su estilo.

Cap.—¡Bravo, profesor! ¿Pero no estás hablando de modo muy distinto que el hombre que, hace un momento, hablaba de la historia como si fuera un monstruoso catálogo de hechos, entre los cuales el lector elige a su gusto?

Prof.—Ya veo que se acerca otra revisión. Realmente, capitán, te estás poniendo pesadísimo.

Cap.—Soy la voz de la conciencia y tienes que tragártela. Pero no he terminado aún contigo. Has hecho tantas admisiones y reservas respecto a tu función que estoy comenzando a sospechar que todo el edificio es inconsistente. Saco en consecuencia que el historiador no sólo tiene que descubrir la verdad, sino que tiene también que destilarla. Y luego, después de haberla destilado por medio de alguna alquimia misteriosa, tiene que suministrar los ingredientes que faltan con los recursos de su imaginación. Por último, la preciosa quintaesencia tiene que ponerse en envase atractivo, en frascos bonitos o en celofán, antes de ofrecerse a la venta. De otro modo, tu historia no será leída y, por consiguiente, no será historia en ningún sentido funcional.

Prof.—¿Puedo intervenir hasta el punto de observar que las medicinas puestas en envases atractivos no son necesariamente malas?

Cap.—Tal vez no, pero el farmacéutico tiene que vivir (o así lo piensa) y está más dispuesto a adulterar sus honradas mercancías con gran cantidad de jarabe o de colorante falso, para que el paciente que se está tomando una poción de áloe amargo tenga la sensación de beberse una limonada. Eso es lo que ocurre con nuestras historias nacionales. Nos han embotado tanto con azúcar que nos negamos a tomar nuestro áloe puro, y no hay falta de áloe en la historia. Por suerte, tú y yo escribimos acerca de México, y es hasta cierto punto agradable ver cómo aguantan que se les digan las cosas por debajo de la frontera. Me pregunto lo que habríamos hecho con los Estados Unidos.

Prof.—Recuerdo que leímos con el mayor placer los seis volúmenes de Carl Sandburg sobre Lincoln, que parecen llenar todos nuestros cambiantes requisitos para la buena historia, y sin embargo Sandburg no retrocedió ante la fealdad.

Cap.—Deberías añadir que Sandburg es un poeta y que su

obra sobre Lincoln exalta, no por los hechos que descubre, sino por su aliento épico. Ha escrito una saga americana, que acierta a ser verdad. Hasta su fealdad es hermosa, porque es una gran fealdad.

Prof.—Temía que te desmandaras y me he equivocado.

Cap.—Antes de que me desviaras hacia Sandburg, me estaba refiriendo al curioso proceso de destilación y adulteración con el que se desarrolla una historia y concluía sugiriendo que es mucho más fácil escribir acerca de otras gentes que de nosotros mismos, es decir, con cierto grado de objetividad. Iba a añadir que tal vez no fuera mala idea alquilar a un mexicano o a un chino para escribir nuestra historia nacional. Dejemos eso. De un modo o de otro esperaba llegar al cogollo de nuestra discusión, que es parte de la pregunta que hice al principio. ¿Por qué escribes historia? Y dando por supuesto que es posible descubrir la verdad en primer lugar y dársela luego al público de manera tal que sea leída, ¿qué utilidad tiene?

Prof.—¡Gracias a Dios que das muestras de volver a tus cabales! Parece razonable suponer que si conocemos la verdad de nuestro pasado seremos más cuerdos acerca de nuestro futuro, y que si alguna vez hemos de erigir una sociedad duradera en nuestro planeta, sólo será posible hacerlo evitando los errores pasados. Admito que ésta es una manera tediosa y difícil de llegar al resultado, pero es necesaria, por penosa que sea. A decir verdad, cuando pienso en el empleo que debe hacerse de la historia en la sociedad estoy tentado a creer que su estudio es incomparablemente más importante que ninguna otra actividad del intelecto.

Cap.—Quisiera poder ser tan optimista. Me parece que estás razonando por el sistema del gato escaldado. Dicho de otro modo, ¿no es enteramente negativa la apología de la historiografía que tan bien acabas de expresar? La historia de la especie humana, o mejor dicho, los fragmentos menudos y epi-

sódicos de ella que se han conservado sin orden ni sentido, es un catálogo de errores interminable. Si el animal humano fuera capaz de aprender como el gato escaldado, seríamos una raza de Salomones. Podrías replicar, de seguro, que la falta de educación, o de historias adecuadas, nos ha tenido retrasados, y que por ignorancia seguimos quemándonos. Pero me parece que el tipo de educación que obtendríamos de semejante historia conduciría, en el mejor de los casos, a una prudencia calamitosa, a una facultad excesivamente desarrollada para apartarnos del fuego.

Prof.—Si no aprendiéramos más que eso de la historia, no se habría perdido el tiempo.

Cap.—Creo que podría sostenerse de modo más convincente que cualquier avance hecho por el hombre en la conquista de su medio ambiente se ha producido por el descubrimiento de nuevas herramientas y técnicas, o le ha sido impuesto por cambios en el medio mismo, cambios que no podría haber anticipado, por mucha historia que conociese. Y ninguno de estos avances se produjo por un conocimiento de los pasados errores, hasta donde podemos saber, es decir, por este motivo pusilánime que quieres inyectarle a la historia.

Prof.—Pones en mi boca palabras que están muy lejos de mi intención. La historia no es sólo “un interminable catálogo de errores”. Es también el relato de esas realizaciones de la humanidad que tú pareces aprobar. De otro modo, bien poco sabrías acerca de ellas. Seguro que admitirás que puede defenderse el poner a una persona en conocimiento del pasado para estimularla a nuevos esfuerzos.

Cap.—Lo dudo. No abundan las pruebas en apoyo de la opinión de que el hombre haya hecho jamás ningún progreso fundamental porque le inspiraran las hazañas de sus antepasados. Pueden haberle inspirado un frenesí bélico o religioso, el patriotismo o el complejo del pueblo elegido, o cualquier ra-

cionalización de tipo análogo de sus deseos; pero mal podrías llamarle a eso inspiración para nuevas realizaciones, ¿no?

Prof.—Me resisto a aceptar visión tan pesimista del valor de la historia. ¿Estás dispuesto a desechar el inmenso acervo de laboriosa investigación que la escuela científica ha llevado a cabo durante los últimos cien años?

Cap.—¡Nada de eso! Me limitaba a clavarle un alfiler a tu creencia juvenil de que tiene alguna utilidad inmediata en en la erección de esa nueva sociedad que has sugerido vagamente.

Prof.—¡Pero, hombre, por Dios! Si tu tesis es sostenible, ¿por qué, en nombre del sentido común, habríamos de continuar malgastando nuestros cerebros y nuestro dinero en empresa tan estéril?

Cap.—No acepto su esterilidad, y no sé si puedo contestar a tu pregunta. Puedo sugerir, sin embargo, que la historia tiene más valores que el utilitario, aunque los historiadores no los han reconocido desde que la historia se convirtió en ciencia. Hubo un tiempo en que la historia era el arsenal cultural en que se conservaba toda la parte del relato que se consideraba digna de guardarse. Estaba a cargo de los grandes poetas. Junto con la religión, era institución que mantenía unida a una cultura, en lo bueno y en lo malo. Así los poemas de Homero, el Antiguo Testamento, el poema del Cid y los Nibelungos eran historia en ese sentido, y todavía los leemos de preferencia a las obras de tu escuela. Esa antigua función de la historia sigue siendo válida y sigue haciéndose a pesar de los historiadores.

Un vistazo a la historia de la historia durante los últimos cien años aclarará las cosas un poco. Cuando Niebuhr y Ranke y sus continuadores postularon una ciencia de la historia y la divorciaron de las letras, crearon al mismo tiempo el historiador profesional. Desde entonces la historia se convirtió en un

género propio, que no era poesía, ni drama, ni literatura, sino una conexión demostrable de causas y efectos, como un experimento de la física. Los nuevos historiadores descubrieron pronto que un concepto mecanicista del universo, hacia el cual su método parecía llevarles, no sería aceptado por el público. En su celo por destruir nuestras leyendas y por edificar un cosmos sin Dios en el cual el hombre se reducía al *status* de un accidente desgraciado, pasaron por alto un hecho de capital importancia: a saber, que el hombre es un animal y como tal, no aceptará una teoría de la historia, por demostrable que sea, que lo condena a la extinción. El ansia de sobrevivir es en nosotros tan poderosa que no toleraremos el nihilismo. Si sólo podemos sobrevivir engañándonos, pues nos engañaremos, ¡y que se vayan al diablo los historiadores! Así la escuela científica se encontró con que, por lo que al público se refiere, su ciencia había nacido muerta. Ciertamente corrigieron los errores de nuestros libros de historias, pero destruyeron las ilusiones con que habíamos hecho la vida tolerable. Se liberaron de la autoridad y de un universo teleológico regido por un Dios benévolo, pero se encontraron sujetos a un monstruo sin sentido, tan indiferente a sí mismo como a la combinación accidental de materia cósmica que llamamos hombre. Rechazados por el público, que no quería saber nada de su nuevo juguete, los historiadores se replegaron sobre sí mismos y se convirtieron en un cuerpo de profesionistas con conciencia de clase. Invadieron las universidades e hicieron de la historia una carrera respetable para sus discípulos. Conforme pasó el tiempo y fué surgiendo una multitud de monografías y tesis de doctorado en Filosofía y Letras, la historia demostró ser un campo demasiado vasto para que lo dominara un hombre solo, y se parceló en unidades manejables, y éstas a su vez en otras cada vez más pequeñas, cada una con su compañía de especialistas celosos que levantaban vallas en torno a sus parcelas. El proceso tal

vez fuera inevitable, pero destruyó esa utilidad que tú proclamabas para la historia, porque perdió toda continuidad y, sin continuidad, no se podía acarrear la experiencia acumulada de la humanidad. El resultado suicida del sistema es que pocos historiadores profesionales cuentan gran cosa en este mundo. Se hacen la fiesta para ellos solos, y se acabó la cuestión.

¿Quiere esto decir que el público haya dejado de interesarse por la historia? Nada de eso. Nunca ha sido más viva la curiosidad del hombre por su pasado, pero los profesionales, salvo algunas grandes excepciones, no la satisfacen. La tarea ha pasado a mano de novelistas, poetas, biógrafos, periodistas, en una palabra, a los hombres que no han divorciado la historia de la literatura y que llevan a su trabajo aquellos elementos que hemos coincidido en considerar esenciales para la historia, si ha de ser leída.

Prof.—¡Un momento, capitán! Te he seguido con interés, pero con creciente inquietud. Antes de que nos destruyas a mí y al resto de mi descarriada profesión, ¿no puedes ofrecernos una palabra de esperanza siquiera? ¿No hay nada que se pueda salvar del método científico?

Cap.—Siento haberte sobresaltado. No estoy combatiendo al método científico, sino a su estúpida aplicación, y no sugiero que se le borre del mapa. Lo que ha esterilizado a la historia no es el método, sino la muy aventurada analogía que se ha establecido entre la historia y las ciencias naturales. Simplemente, no sabemos lo bastante acerca de la conducta del animal humano para establecer semejante analogía, y parece dudoso que el historiador, sumergido él mismo en el proceso biológico, pueda jamás lograr la omnisciencia necesaria para llevarla a cabo. Quienes lo han intentado, como Thomas Buckle, han perecido por su propia presunción. Pero el método no debería suprimirse. Da la disciplina, o, por lo menos, podría darla, que el cultivador de las ciencias naturales adquiere en

el laboratorio. Sin embargo, tal como se aplica generalmente, tiende a producir amanuenses más o menos bien entrenados, que de otra manera serían bárbaros iletrados. Supongo que se podrá defender el entrenamiento de amanuenses para mantener al día los libros de la humanidad y para corregir las equivocaciones de sus predecesores, pero propongo que no se les permita escribir historia, y mucho menos enseñarla. Que la obra de reunir sus hallazgos se confíe a quienes tienen sabiduría y penetración para ver en ellos alguna forma de estructura, aunque la obra tenga que rehacerse una y otra vez hasta el fin de los siglos.

El historiador debe tener presente que el hombre es un animal dinámico y que vive a base de afirmaciones. Cuando un pueblo ha llegado al estado enfermizo de dudar de sus propias afirmaciones, construye murallas chinas o líneas Maginot, o se esconde detrás del canal de la Mancha o del Océano Atlántico, con la loca pretensión de retardar la disolución que se cierne sobre él. La responsabilidad del historiador es enorme. El pueblo alemán, al no encontrar esperanza en sus mejores historiadores, se volvió hacia los charlatanes como Treitschke y Hitler, porque no aceptaban la aniquilación. El pueblo inglés está redescubriendo sus afirmaciones por el camino del dolor y los rusos parecen haber encontrado las suyas. ¿Dónde debemos buscar las nuestras, entre los historiadores?

El historiador está cogido en un dilema que él mismo se ha creado. Si desea hacer su obra vital para la sociedad que lo sostiene, debe asumir de nuevo su antiguo papel de poeta intérprete, con todos los peligros subjetivos en ello agazapados. La otra alternativa es continuar su servil aceptación de la falsa analogía que ha establecido entre el hombre y la materia y afrontar la extinción consiguiente por esterilización. No, profesor. Créeme, la historia debe ser mucho más que una ciencia.

Prof.—¡Oh Dios mío! ¿Vas a concluir que la historia debe de ser arte?

Cap.—¡Tú lo has dicho!

2

SOBRE LA FORMACION DEL HISTORIADOR

¿Por qué está tan mal representada la América Latina entre quienes se dedican al estudio de la historia en los Estados Unidos? No quiero decir, claro está, que no contemos con cierto número de eruditos laboriosos que escarban por los rincones de campo tan extenso, pero, vista en conjunto, nuestra producción histórica sobre la América Latina es cosa aburrida y que muy pocos leen. Y esto es una calamidad, porque la historia, si no se la lee, podría quedarse tranquilamente guardada en los ficheros. Casi parece que hubiéramos renunciado a la idea de que la historia se escribe para ser leída y que hubiéramos abandonado nuestra razón de ser primordial a los escritores populacheros. Prescott está anticuado; su documentación es escasa; está lleno de errores; y sin embargo, ¿quién de nosotros no cambiaría una buena dosis de preciosa erudición por la luminosidad de Prescott?

La historia de la América Latina se está muriendo de inanición por falta de los ingredientes que Prescott puso en su obra. Seguimos agarrados con todas nuestras fuerzas al rabo del toro científico, que en mala hora cogimos, y no podemos soltarlo. Mucho me temo que el toro ni siquiera se haya dado cuenta. Nos convertimos en "especialistas", prácticamente, desde que comenzamos la carrera; nos zambullimos en la producción de monografías y artículos eruditísimos; y luego nos dole-

mos de que un público aburrido se niegue, con toda la razón del mundo, a leer nuestras obras más ambiciosas, que son lo mismo, sin otra diferencia que la del tamaño. La guerra actual nos da alguna esperanza. Por lo menos, ha traído consigo una moratoria para las monografías históricas. Y tal vez, incluso, sacuda nuestros valores y los acerque un poquito a las realidades, impacientándonos ante la idea de desperdiciar nuestras energías en proyectos que se hinchan más allá de toda necesidad razonable.

La triste verdad es que, durante muchísimo tiempo, no hemos sido capaces de producir historiadores con la amplitud de aliento, de cultura, que hace admirable a Prescott. La dura frase de Arturo Ryder, el sabio californiano, da muy cerca del clavo, por desgracia: "Otra generación de especialistas," rugía, "y no quedarán más que nulidades en la facultad." Pretendemos apuntalar nuestra propia estimación bamboleante, procurando convencernos de que algún día, de alguna manera, cuando sepamos ya bastante, escribiremos una historia de América Latina que supere a Prescott. Pero muere una generación de historiadores, y nace otra nueva, y la gran síntesis sigue siendo un sueño. . . un castillo en el aire, diría yo, a no ser que tomemos sobre ello una decisión drástica.

La incapacidad de los historiadores para escribir historia de primera calidad ha tenido un efecto desintegrador sobre las ciencias sociales. Los cultivadores de estas ciencias tratan de llenar el hueco escribiendo versiones trucas de la historia humana que sirvan a sus propios fines. El economista escribe historia "económica"; el cultivador de la ciencia política, historia "política" o "diplomática"; el sociólogo, historia "social"; mientras el antropólogo, sin pretender hacerlo de un modo preciso, escribe prehistoria, y el geógrafo hace un poco de todo. Y nada de esto es historia. Mi tesis es que las ciencias sociales no pueden pasarse sin historia competente, del mismo modo

que la historia no puede pasarse sin trabajo competente en las ciencias sociales, ni la profesión médica puede prescindir del médico no especialista, en una época tan despreciado, que sabe más y menos del cuerpo humano que todos los especialistas juntos. Sólo podrá evitarse el caos de que cada ciencia social escriba su rama particular de semihistoria cuando el historiador lo haga innecesario. Tal como están las cosas —y tenemos que afrontar la triste verdad— los geógrafos, los antropólogos y los demás, se limitan a prescindir de nosotros, y prescinden de nosotros porque no hemos cumplido con nuestra tarea.

Todavía puede escribirse historia, la clase de historia que la gente lee. Es decir, podrá escribirse si sometemos de nuevo a examen la función de la historia y echamos por la borda, en caso necesario, los hábitos académicos de las últimas generaciones, recorriendo el duro camino hacia la historia como expresión literaria. La clase de historia de que estoy hablando ha sido la aceptada largo tiempo, y es fácil de definir. *Historia es un resumen de la experiencia humana y su función es enseñar.* No hace falta ampliar esta definición. Lo que de ella resulte estará determinado por el grado de integridad, sensatez, imaginación y capacidad artística del historiador. A menos que nuestro historiador tenga estas cualidades iniciales, es inútil hablar de una historia de la América Latina, ni de ningún otro lugar o pueblo. La cuestión es, pues, no el saber lo que la historia es, sino dónde y cómo descubrir y formar historiadores. Existen potencialmente en abundancia. La historiografía de cierto tipo no ha sido nunca más popular que ahora; pero el historiador profesional sólo produce de ella una parte mínima. Son más bien el periodista y el biógrafo, tan despreciados, quienes proporcionan al público sus lecturas históricas, y nuestro desprecio por ellos esconde una dosis no pequeña de hipocresía.

¿Qué es lo que puede hacerse? ¿Cabe que nadie afirme que

la instrucción que ahora damos en nuestras universidades ofrece la más leve promesa de formar historiadores de talla? ¿No deben los estudios históricos ser un reto al tipo de inteligencia más elevado? ¿Y hay nadie tan iluso que imagine que nuestros cursos universitarios hacen una cosa así? Tal como el sistema se practica por lo general, nuestro presunto historiador tiene que pasar por dos, tres y cuatro años de historia de segunda mano, previamente digerida. Mucha parte de ella se le presenta de manera hábil, es cierto, pero el efecto acumulado sobre el oyente es el hacerle flojo e irresponsable. Peor aún, descorazona por aburrimiento el tipo de mentalidad que el historiador debe de tener para desempeñar su oficio. Si han de darse conferencias, que las dé el estudiante, porque creo que el conferenciante es el único que saca provecho de ellas. Luego, después de fijar en la mente del estudiante la pauta adecuada de historia, lo lanzamos en seguida a la "investigación". Suda para elaborar monografías y trabajos de seminario. Si muestran algún destello de capacidad, y si las notas al pie son lo bastante imponentes, los trabajos se publican, y nuestro estudiante puede iniciar su carrera académica. ¿Cómo va a salir ningún escrito grande de un sistema así?

No, la formación de nuestro presunto historiador es disciplina mucho más larga, mucho más dura, que todo lo previsto en nuestros planes de estudios. Deberá estar familiarizado con todas las ciencias sociales, y muy en especial con la geografía y la antropología. Deberá dominar el lenguaje, la literatura, la filosofía, la religión y el arte del pueblo por el que se interesa. Deberá saturarse con los grandes libros de la cultura universal, porque, ¿cómo, si no, podrá reconocer un escrito de gran valor cuando lo vea? Nuestro aprendiz de historiador general deberá adquirir como sea, de primera mano, un conocimiento amplio y profundo de la conducta y los motivos de las acciones humanas. Para conseguir esto, tendrá que pasar

una parte de su juventud trabajando con sus propias manos; que sude y se codee con los hombres que hacen cosas, con los marinos, con los labradores. Esto le enseñará a ser humilde. Y durante todo este tiempo se perfeccionará en el arte de saber narrar, porque sin ese arte, todo lo demás no sirve para nada.

Se me objetará en el acto que formación tan espartana llevará demasiado tiempo y demasiado dinero; que despoblará los centros de enseñanza superior; que el estudiante ha de poder iniciar su profesión dentro de un plazo razonable. Pero estas objeciones no son de tanto peso como podría parecer a primera vista. Si estamos dispuestos a quitar lo superfluo de nuestros planes de estudios, podremos ahorrar con facilidad un par de años, y anticipar en gran medida la mayoría de edad del estudiante. ¿Y qué pasa si éste no se encuentra preparado para practicar su profesión antes de los treinta años? ¿Acaso practican antes muchos médicos? ¿Y qué pasa si se despueblan nuestras escuelas superiores? ¿Y qué pasa si sólo sobrevive un estudiante de cada diez? Si llegamos a producir historiadores por semejante procedimiento, habrá valido la pena.

Las condiciones de que acabo de hablar son ciertas en todos los campos. La América Latina sólo está peor que los demás de un modo relativo. Las razones son bien claras. Sólo en las dos últimas generaciones han vuelto los historiadores a descubrir la América Latina. Su historia ha sufrido de modo considerable por nuestra busca del pintoresquismo. No tiene una disciplina largamente desarrollada. Ha habido gran demanda de jóvenes profesores, recién salidos de las universidades, para escuelas preparatorias y colegios. Se ven metidos en recargados programas de enseñanza y les falta tiempo para trabajar sobre el terreno. A falta de este trabajo, básico en la historia, los cultivadores de las ciencias sociales han ido haciéndose cargo de la tarea del historiador sobre la América Latina, hasta el extremo de que ahora los antropólogos, economistas, geógrafos,

biólogos, incluso los filólogos, son quienes producen los estudios históricos mejores, con los resultados que acabo de indicar. Podemos rechazar como frívola la sugestión de que se abandone por completo, como campo aparte, la historia latino-americana.

Porque, ¿quién podrá poner en tela de juicio el valor del historiador debidamente entrenado para todo el grupo de las ciencias sociales? En este campo, tan aumentado últimamente, del conocimiento, el historiador depende por completo de los cultivadores de las ciencias sociales. Por otra parte, trabajando en estrecho contacto con ellos, como debe, podría ser su diagnosticador, su médico general. Podría dar perspectiva y dirección adecuadas a disciplinas en pugna. Y quién sabe si hasta podría hacer algo para controlar la insensata proliferación de las ciencias sociales, enseñándonos la unidad esencial de la ciencia del hombre.

BIBLIOTECA
INVENTARIO 2015
DANIEL COSIO VILLEGAS

EL COLEGIO DE MEXICO

308/188/no. 51/ej. 3



3 905 0013990 A

LISTA DE JORNADAS PUBLICADAS

1. José Medina Echavarría. *Prólogo al estudio de la guerra* (agotado).
2. Tomás Sánchez Hernández. *Los principios de la guerra* (agotado).
3. Jorge A. Vivó. *La Geopolítica* (agotado).
4. Gilberto Loyo. *La presión demográfica* (agotado).
5. Antonio Caso. *Las causas humanas de la guerra.*
Jorge Zalamea. *El hombre, náufrago del siglo xx.*
6. Vicente Herrero. *Los efectos sociales de la guerra* (agotado).
7. Josué Sáenz. *Los efectos económicos de la guerra.*
8. Manuel F. Chavarría. *La disponibilidad de materias primas.*
9. Manuel M. Pedroso. *La prevención de la guerra.*
10. D. Cosío Villegas, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, G. Robles, M. Sánchez Sarto, A. Carrillo Flores, José E. Iturriaga. *La postguerra.*
Alfonso Reyes, D. Cosío Villegas, J. Medina Echavarría, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi. *La nueva constelación internacional.*
11. Raúl Prebisch. *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países.*
12. José Gaos. *El pensamiento hispanoamericano.*
13. Renato de Mendonça. *El Brasil en la América Latina.*
14. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana.*
15. José E. Iturriaga. *El tirano en la América Latina.*
16. Javier Márquez. *Posibilidad de bloques económicos en América Latina.*
17. Gonzalo Robles. *La industrialización en Iberoamérica.*
18. Vicente Herrero. *La organización constitucional en Iberoamérica.*
19. M. F. Chavarría, A. Pareja Díez-Canseco, M. Picón-Salas, J. A. Portuondo, L. Alberto Sánchez, J. Vasconcelos, Jorge A. Vivó, J. Xirau. *Integración política de América Latina.*
A. Castro Leal. *La política internacional de América Latina,*
20. Francisco Ayala. *Ensayo sobre la libertad.*
21. J. A. Portuondo. *El contenido social de la literatura cubana.*
22. Antonio García. *Régimen cooperativo y economía Latino-Americana.*

23. Jesús Prados Arrarte. *El plan inglés para evitar el desempleo.*
24. Florián Znaniecki. *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones.*
25. Renato Treves y Francisco Ayala. *Una doble experiencia política: España e Italia.*
26. John Condliffe. *La política económica exterior de Estados Unidos*
27. A. Carneiro Leão. *Pensamiento y acción.*
28. Antonio Carrillo Flores. *El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra.*
29. Moisés Poblete Troncoso. *El movimiento de asociación profesional obrero en Chile.*
30. José María Ots Capdequi. *El siglo XVIII español en América.*
31. Medardo Vitier. *La lección de Varona.*
32. Howard Becker y Philip Fröhlich. *Toynbee y la sociología sistemática.*
33. Emilio Willems. *El Problema Rural Brasileño desde el punto de vista antropológico.*
34. Emilio Roig de Leuchsenring. *13 Conclusiones Fundamentales sobre la Guerra Libertadora Cubana de 1895.*
35. Eugenio Imaz. *Asedio a Dilthey.* (Un ensayo de interpretación).
36. Silvio Zavala. *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala.*
37. Roberto MacLean y Estenós. *Racismo.*
38. Alfonso Reyes. *Tres puntos de exegética literaria.*
39. Agustín Yáñez. *Fichas mexicanas.*
40. José Miranda. *El método de la ciencia política.*
41. Roger Caillois. *Ensayo sobre las sectas.*
42. Otto Kirchheimer. *En busca de la soberanía.*
43. Manuel Calvillo. *Francisco Suárez.*
44. Juan Bernaldo de Quirós. *El Seguro Social en Iberoamérica.*
45. Alexander H. Pekelis. *Una jurisprudencia del bien común.*
46. Julio Le Riverend. *Los orígenes de la economía cubana.*
47. Kingsley Davis. *Reflexiones sobre las instituciones políticas.*
48. *Cuestiones industriales de México.*
49. Josué de Castro. *Fisiología de los tabús.*
50. Max Aub. *Discurso de la novela española contemporánea.*
51. Lesley Byrd Simpson. *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador.*